

# La crisis de la provisión de los recursos comunes en un entorno social individualizado. El caso de la escalada deportiva<sup>1</sup>

*The crisis in the provision of common-pool resources in an individualistic social context. The rock climbing case*

**César RENDUELES**

*Universidad Complutense de Madrid*

[cesar.rendueles@cps.ucm.es](mailto:cesar.rendueles@cps.ucm.es)

BIBLID [ISSN 2174-6753, nº7: 206-222]

Artículo ubicado en: [www.encrucijadas.org](http://www.encrucijadas.org)

Fecha de recepción: diciembre de 2013 || Fecha de aceptación: mayo de 2014

**RESUMEN:** Los recursos de uso común son bienes cuya provisión no competitiva está regulada por un entramado de normas colectivas típicas de las sociedades tradicionales, si bien es objeto de discusión que puedan prosperar en las sociedades contemporáneas. El objetivo de este artículo es contribuir a ese debate mediante el análisis del caso del equipamiento de las vías de escalada, que posee algunas características de los bienes comunes. Metodológicamente, se han realizado entrevistas a un conjunto de equipadores muy experimentados acerca de los aspectos éticos y subjetivos de su actividad. A partir de ese material se plantea una reflexión teórica en torno a los aspectos motivacionales de los bienes comunes en las sociedades complejas. La conclusión es que los suministradores de bienes comunes en entornos comunitarios tenues tendrán que afrontar fuertes dilemas en la medida en que son proveedores de bienes públicos sin contrapartida económica o de estatus y sin un marco normativo que proporcione sentido colectivo a esa actividad.

Palabras clave: bienes comunes, escalada deportiva, equipamiento, reciprocidad, altruismo

**ABSTRACT:** Common pool resources are cooperative-based supply systems of goods regulated by a set of working rules typical of traditional societies, but it is under discussion if they can flourish in contemporary societies. This paper aims to contribute to this debate through the analysis of sport climbing bolting. Methodologically it is based on a set of interviews with very experienced sport climbing bolters who describe ethic and subjective aspects of their activity. On this ground, this paper poses a theoretical reflexion on motivational facets of common pool resources in complex societies. The conclusion is that providers of commons in weak social contexts face crucial dilemmas to the extent that they have become net suppliers of public goods without compensation in economic or status terms and without a normative frame that affords a collective identity to their activity.

Keywords: commons, rock climbing, bolting, altruism, reciprocity

<sup>1</sup> Una versión preliminar de este texto se presentó como ponencia en el XI Congreso de la Federación Española de Sociología (Madrid, julio de 2013) con el título "Altruismo y deporte de montaña".

## 1. Introducción

Los problemas relacionados con la cooperación, el altruismo y la reciprocidad ocupan un lugar central en las reflexiones contemporáneas acerca de la acción colectiva (Schelling, 1989; Frankel, Miller y Paul, 1993; Sennett, 2012). En este campo de estudio, la práctica deportiva ha sido un importante semillero de ejemplos<sup>2</sup>. La razón es que en algunos contextos deportivos –aunque de ningún modo en todos– la competición es sistemática, legítima y tiene límites bien definidos. Parece un excelente laboratorio para aquellas teorías de la acción racional contemporáneas que aspiran a explicar la conducta cooperativa reduciéndola a acción instrumental, con la presuposición de que esta última es más sencilla (Elster, 1989). La sociología del deporte institucionalista, en cambio, ha mostrado a menudo un equilibrio mucho más delicado entre cooperación e interés propio incluso en entornos competitivos (Albert, 1991; Bourdieu, 1991; Wacquant, 2004; Seippel, 2006).

Precisamente, este estudio está dirigido a examinar una práctica deportiva que se basa materialmente en la colaboración sistemática. En España la escalada deportiva es posible gracias a la actividad cooperativa de unos pocos individuos, los equipadores, que se encargan de instalar en la roca los anclajes que permiten a los deportistas realizar su actividad. La escalada es un deporte cada vez más profesionalizado y tecnificado (Aubel y Ohl, 2004; Abramson y Fletcher, 2007). Los escaladores de élite se han convertido en figuras muy conocidas. Las marcas deportivas comercializan toda clase de material específico para la escalada, desde pies de gato a cuerdas, mosquetones, cascos, frenos o magnesio. Han proliferado los cursos de iniciación a la escalada y las compañías de guías. Existe, de hecho, una creciente conciencia del potencial turístico de la escalada deportiva (Hanemann, 2000). Pero en España y otros países esa actividad comercial se levanta sobre un trasfondo cooperativo informal: una enorme cantidad de trabajo altruista de un pequeño grupo de individuos no organizados.

En muchos deportes surgen experiencias de reciprocidad espontánea. Por ejemplo, los montañeros marcan con hitos sus rutas y los corredores de fondo publican sus itinerarios en Internet. Pero se puede correr o caminar sin esas contribuciones. En cambio, la escalada deportiva sería imposible sin la labor de los equipadores, técnicamente compleja y económicamente costosa. Sin embargo, la mayor parte de los equipadores realizan su labor de forma altruista e independiente, sin incentivos monetarios ni respaldo institucional, con poco o ningún reconocimiento público. Además, asumen una gran responsabilidad con respecto a la seguridad de los escaladores

En este texto analizo el equipamiento de escalada deportiva como un recurso de uso común, en el sentido que le da Elinor Ostrom (2011) a la expresión. Es decir, como un conjunto de normas sociales que regulan la provisión y el uso de algún tipo de bienes comunes, en este caso las vías de escalada deportiva de libre acceso creadas y cuidadas por equipadores no profesionales. La bibliografía sobre los bienes comunes en el deporte es escasa y mayoritariamente se concentra en la gestión de recursos escasos, como las olas en el surf, antes que en los procesos de suministro de bienes y servicios (Rider, 1998; Nazer, 2004). Aquí, en cambio, intento comprender los dilemas a los que

2. "Surf Economics. Beach Rush". *The Economist*, 17 de marzo de 2012 ([disponible aquí](#)).

se enfrentan los equipadores al tratar de mantener un sistema de provisión en un entorno comunitario frágil.

La economía institucional ha mostrado que numerosas sociedades tradicionales han sido capaces de desarrollar sistemas estables de recursos comunes. Muchas comunidades gestionan eficazmente pastos, bancos de pesca o sistemas de regadío sin recurrir ni al mercado ni a agencias burocráticas externas. En los últimos años se ha generado un vivo debate sobre el papel que los bienes comunes pueden desempeñar en las sociedades complejas contemporáneas. Las relaciones personales continuadas en comunidades con límites bien definidos son un elemento esencial de los sistemas de bienes comunes tradicionales, pues desincentivan los *free-riders* (los gorriones) y permiten sancionar los abusos. Por eso algunos sistemas de bienes comunes que han aparecido en países occidentales, como las pistas de motonieve en Suecia, se han desarrollado en zonas rurales con un sólido tejido asociativo en las que la confianza, la reputación y la reciprocidad entre participantes no anónimos tienen una gran importancia (Antilla y Stern, 2005).

Obviamente esto implica una barrera importante para la supervivencia de este tipo de instituciones en sociedades crecientemente individualizadas que están experimentando un declive de su capital social (Putnam, 2002), especialmente cuando los sistemas de bienes comunes requieren trabajo especializado. Este dilema se observa con claridad en el caso del equipamiento de escalada deportiva. En España, las estrategias cooperativas de equipamiento de escalada surgieron como estructuras de reciprocidad generalizada en pequeñas comunidades de montañeros caracterizadas por lazos sociales tenues pero duraderos. Hoy, en cambio, un pequeño grupo de equipadores suministra vías de escalada a un gran número de escaladores con los que no mantienen ningún tipo de relación personal o asociativa.

El equipamiento de escalada deportiva tiene características muy locales. El contexto español es muy diferente del de Francia, donde el equipamiento de escalada está mucho más institucionalizado aunque no exento de conflictos (Léséleuc, 2004) o Inglaterra, donde es muy restrictivo (McNamee, 2007). Incluso dentro de España, hay diferencias significativas entre las distintas zonas de escalada. Siguiendo una pauta bastante típica (Schuster, Thompson y Hammitt, 2001), en algunas regiones existe cierto nivel de colaboración entre las organizaciones formales y los equipadores y en otras más bien hostilidad.

## 2. Metodología

Este texto es el subproducto de un fracaso. En los últimos años ha aparecido una ingente literatura relacionada con los "bienes comunes digitales" (Hess y Ostrom, 2009), estudios de las prácticas colaborativas en Internet como un modelo extrapolable al mundo analógico. En mi opinión, se trata de una pretensión excesiva, ya que el entorno digital tiene características muy exóticas, como la granularidad de la cooperación (Rendueles, 2013). Así que intenté buscar un contraejemplo de un bien común analógico exitoso propio de una sociedad moderna, con el objeto de subrayar sus condiciones de posibilidad reales y sus diferencias respecto a la cooperación digital. El equipamiento de escalada deportiva parecía un campo de pruebas perfecto. Es una actividad no regulada burocráticamente pero muy exigente en términos de conocimientos, inversión y tiem-

po. Además, implica un compromiso con el prójimo profundo y con consecuencias muy reales: los usuarios que vandalizan Wikipedia son un incordio, un mal equipamiento de escalada puede causar un accidente mortal.

Sin embargo, inmediatamente me enfrenté a una paradoja. Si uno se limita a realizar un análisis bibliográfico y textual –a través de la información que ofrecen las revistas especializadas, los libros y guías dirigidos a escaladores o la información disponible en Internet– es muy fácil quedarse con la impresión de que el equipamiento de escalada deportiva es un sistema de bienes comunes paradigmático, saludable y adaptado a un contexto social contemporáneo y tecnológicamente avanzado. Sin embargo, mi propia experiencia como escalador me indicaba que había puntos de fricción. La mayor parte de los escaladores con una trayectoria breve –y dada la reciente masificación de la escalada deportiva en España, esto significa la mayor parte de los escaladores– mostraban muy poco interés por los equipamientos que empleaban asiduamente. En muchas ocasiones, ni siquiera respetaban las normas más elementales de preservación del material, como usar mosquetones para escalar en *top-rope* sin dañar las reuniones.

Así que decidí que podía ser interesante profundizar en un aspecto que descuidan la mayor parte de los estudios institucionales o estratégicos sobre los recursos de uso común: la motivación subjetiva de los agentes implicados en el mantenimiento de esos bienes y servicios. Me propuse realizar una serie de entrevistas a equipadores de escalada deportiva con el objeto de sacar a la luz el entramado simbólico y ético que subyace a los procesos de negociación cooperativa típicos de los *commons*. Esperaba encontrar a personas con un sentimiento comunitario fuerte y una percepción particularmente positiva de los aspectos sociales de la escalada. En realidad, fue exactamente al revés, me topé con un nicho de conflictos y dilemas pragmáticos.

Limité el estudio a equipadores con una trayectoria larga, fundamentalmente dedicados a la modalidad de escalada deportiva y que equipan vías de todos los niveles de dificultad, desde los más bajos a los más altos. La razón es que buscaba proveedores netos de los sistemas de recursos comunes, cuya motivación no se pudieran reducir con facilidad a un interés egoísta de segundo grado. Pues es cierto que en algunos casos el equipamiento puede ser una actividad prestigiosa, sobre todo en el caso de vías de dificultad extrema que atraen a las grandes estrellas del deporte. En otros puede ser una actividad ocasional con un componente lúdico o social, como cuando un grupo de equipadores locales abre vías cerca de su lugar de residencia. En cambio, los equipadores que yo buscaba desarrollan una actividad económicamente costosa, poco acreditada, dilatada en el tiempo y que implica una gran cantidad de trabajo rutinario.

Establecí como criterio general que entrevistaría a equipadores con una trayectoria de al menos doscientas cincuenta vías de escalada deportiva de todos los niveles, más de diez años de experiencia e intervenciones en distintas zonas de escalada. El número de vías es arbitrario, pero junto con las otras condiciones intentaba garantizar que se trataba de equipadores masivos y sistemáticos, que no sólo equipaban para su uso personal y que no se limitaban a su entorno local. Me enfrenté con grandes dificultades para contactar con los equipadores que buscaba, pues la mayor parte de ellos mantienen un perfil público muy bajo. Logré conseguir algunos contactos solicitando información a páginas web de escalada y revistas y editoriales especializadas, así como a través de mi propio círculo de afinidad en el mundo de la montaña. La mayor parte de los equipado-

res a los que me dirigí no contestaron o se negaron a responder a mis preguntas. Creo que la razón es que el equipamiento es una práctica polémica. Algunos equipadores han vivido discusiones públicas muy fuertes, en especial desde que se han popularizado los foros en Internet, y prefieren mantenerse en el anonimato.

Dadas estas dificultades limité las entrevistas a las principales zonas de escalada de la mitad norte peninsular, donde finalmente logré contactar con una decena de equipadores que respondían a los criterios que había establecido. Seleccioné a siete que se encontraban en distintas situaciones institucionales: a) equipando de forma completamente independiente y hostil a cualquier ingerencia, b) equipando de forma independiente pero con algún interés en coordinarse con otros equipadores y c) colaborando tentativamente con federaciones de montaña tradicionales. El grado de compromiso con la coordinación institucional es importante, pues no siempre es fácil precisar donde termina un bien común tradicional y empieza una intervención pública burocrática. Sin embargo, no detecté diferencias significativas en la motivación de los equipadores en función de su compromiso organizativo.

Todos los entrevistados son varones –el equipamiento es una actividad muy masculinizada– y equipan preferentemente en las siguientes zonas de escalada: Pirineos (Luis Alfonso Sanz, “Luichy”, 49 años, 2000 vías, 30 años equipando), País Vasco, La Rioja y Navarra (Juan Manuel Hernández, “Kroma”, 44 años, 400 vías, 25 años equipando; Koldo Bayona, 53 años, 300 vías, 27 años equipando), Cordillera Cantábrica (Eduardo Rodríguez de Deus, 38 años, 300 vías, 19 años equipando) y zona centro (Ignacio Luján, 42 años, 1000 vías, 25 años equipando; Juan Manuel León, 31 años, 250 vías, 13 años equipando; Juan Luis Salcedo, 64 años, 300 vías, 30 años equipando). Las entrevistas se realizaron entre mayo de 2012 y febrero de 2013 y tuvieron unas dos horas de duración. En algunos casos se completaron con conversaciones telefónicas y cuestionarios enviados por correo electrónico. Todos los entrevistados dieron permiso para que se citara su nombre.

### **3. La escalada deportiva en España**

Existen distintos tipos de escalada muy diferentes entre sí, tanto en sus aspectos técnicos, deportivos y sociales como por lo que se refiere al riesgo que entrañan (Kidd y Hazelrigs, 2009). En España son muy populares la escalada deportiva, el bouldering y la escalada clásica, aunque existen otras modalidades, como la escalada artificial, la escalada en hielo o, más recientemente, el *psicobloc* que también cuentan con un buen número de aficionados.

En la escalada clásica los deportistas progresan por terrenos de montaña utilizando anclajes de distinto tipo que suelen ser flotantes, es decir, se van retirando a medida que se asciende. Aunque el grado de exposición varía mucho, se trata de un deporte de riesgo (West y Allin, 2010). Los escaladores siguen rutas que otros, los aperturistas, han realizado con anterioridad y que, por lo general, han sido repetidas en numerosas ocasiones. Pero siempre tienen que tomar decisiones complejas respecto a la seguridad y la orientación en condiciones de incertidumbre. Muchos escaladores consideran esta práctica como una extensión expuesta y técnicamente compleja del montañismo tradicional.

En el *bouldering* o “bloque” se escala sin ninguna clase de anclaje pequeñas rocas

cuya altura, por lo general, oscila entre los tres y los ocho metros. El objetivo es resolver problemas de escalada de dificultad extrema que se presentan muy concentrados. Los accidentes se previenen con pequeñas colchonetas portátiles (*crashpads*) y la ayuda de compañeros que, desde el suelo, tratan de dirigir la caída de los escaladores. Es común que los aficionados al *bouldering* describan esta modalidad de escalada como una actividad atlética con un fuerte componente lúdico y escasa relación con el montañismo convencional (Sherman, 1994).

En la escalada deportiva, los deportistas ascienden por itinerarios ("vías") de uno o más tramos ("largos") que, por lo general, no exceden los treinta metros. Los escaladores progresan asegurándose en anclajes fijos ("chapas") instalados en la roca de forma permanente. De este modo, el escalador minimiza la posibilidad de accidente grave y puede concentrarse al máximo en superar dificultades exclusivamente técnicas que, para la inmensa mayoría, sería impensable trasladar a la escalada clásica. En ese sentido, los seguros fijos de la escalada deportiva no son un complemento opcional, sino un elemento tan esencial como la bicicleta para el ciclismo o la pelota para el fútbol. Las caídas son muy habituales, pero los escaladores experimentados saben gestionarlas para correr un riesgo controlado. Aunque las lesiones menores son relativamente frecuentes, los accidentes graves lo son mucho menos (Paige, Fiore y Houston, 1998).

Los inicios de la escalada deportiva en España se remontan a los años ochenta del siglo XX. Según un patrón habitual (Waterman y Waterman, 1993), surgió como una extensión de la escalada clásica y, en consecuencia, inicialmente estaba muy vinculada al mundo de la montaña (Moscoso, 2003 y 2004). El resultado fue que la escalada deportiva heredó algunos de los consensos y pautas de interacción de la escalada clásica y el montañismo.

El proceso de socialización de un escalador solía ser lento, a menudo duraba años. No existía un conjunto codificado de habilidades específicas de la escalada deportiva, sino que formaban parte de un repertorio amplio y difuso de conocimientos relacionados con la montaña y distintas estrategias de ascenso. Esos conocimientos se transmitían informalmente a través de relaciones personales prolongadas entre montañeros (Léséleuc, Gleyse y Marcellini, 2002). También se esperaba que los escaladores asumieran un cierto nivel de exposición y tuvieran conocimientos suficientes para superar situaciones de incertidumbre. Además, inicialmente la escalada deportiva estuvo, al menos en parte, vinculada a la cultura juvenil urbana de las clases populares, con un notable componente contracultural (Donnelly, 1980).

Desde entonces, en España y otros países la escalada deportiva ha experimentado un importante auge y se ha normalizado (Rotillon, 2006). Han aparecido un gran número de rocódromos urbanos y una amplia oferta de cursos de iniciación (Llopis, 2010). La formación de un escalador deportivo se ha codificado en un conjunto de procedimientos verificados que los instructores especializados logran transmitir en unas pocas sesiones. Existe material específico fiable y sencillo de utilizar (Smith, 1998). Esta normalización ha aumentado mucho el número de deportistas y ha producido un rápido alejamiento del contexto social del montañismo tradicional. La práctica de la escalada hoy no depende necesariamente de la experiencia común y el contacto personal.

Este proceso de profesionalización, sin embargo, no ha afectado por igual a todos los ámbitos de la escalada (Hardy, 2002). Los usuarios o los proveedores de materiales y servicios deportivos han experimentado un proceso de especialización y tecnificación.

En cambio, los encargados de equipar vías de escalada se han visto afectados en un sentido completamente diferente. También sus equipamientos son más homogéneos, fiables y seguros que hace algunos años. Pero su actividad se sigue rigiendo por códigos anticuados que colisionan con esta nueva realidad social.

#### **4. El equipamiento en la escalada deportiva y su evolución**

La práctica de la escalada deportiva depende materialmente de la existencia de vías equipadas, es decir, rutas verticales con seguros colocados a intervalos regulares que permiten al escalador ascender con seguridad. Sin esos anclajes sencillamente no existiría la escalada deportiva. Su instalación es una tarea técnicamente compleja en la que el margen de error es muy estrecho. Por algunas de esas vías pasan miles de personas que quedan colgadas a treinta metros de altura de tornillos de acero que penetran apenas unos centímetros en la roca.

En España, a diferencia de otros países, el equipamiento de vías de escalada deportiva es una actividad eminentemente individual que, por lo general, no está ni organizada ni regulada (McNamee, 2007). Hay equipamientos encargados y financiados por las federaciones o por clubes de montaña. Pero la mayor parte de los anclajes han sido instalados *motu proprio* por equipadores que realizan esta labor de forma desinteresada, en ocasiones incluso anónimamente.

Los equipadores buscan paredes aptas para la escalada en terrenos accesibles y que no tengan restricciones legales. Identifican las líneas de ascensión más naturales, colocan los anclajes, limpian las vías de maleza y piedras sueltas e incluso pulen algunos agarres. Los anclajes tienen que estar ubicados en los lugares adecuados para garantizar que la resistencia de la roca es suficiente, que las caídas serán limpias –lejos, por tanto, de repisas o aristas– y que será factible para el usuario de la vía asegurarse en ellos. Además la distancia entre los anclajes sucesivos determinará la longitud potencial de las caídas. Por último, los equipamientos están sujetos a desgaste, tanto por estar a la intemperie como por su uso. Eso significa que requieren una revisión y renovación periódica (Ponce, 1997; Guinda, 2000).

La mayor parte de los equipadores ha adquirido esas habilidades a través de una mezcla de aprendizaje autodidacta, experimentación y transmisión informal. A menudo descubrieron cuáles eran los materiales y procedimientos idóneos trasvasando conocimientos desde otros campos –en particular, distintos oficios manuales– y compartieron esa información a través de la comunicación personal y, en el mejor de los casos, por medio de artículos publicados ocasionalmente en revistas de escalada. Como explican dos conocidos equipadores:

“Aprendí a equipar jugándome la vida de la gente. Fui muy autodidacta. Cuando empecé no existía la escalada deportiva como concepto. Surgían problemas que había que ir solucionando. Te vendían las chapas sin tornillo, así que cuando fui a abrir mi primera vía con *spits* [un tipo de anclaje anticuado], volví loco al ferretero de mi barrio para que me buscara tornillos que sirvieran para eso. A base de buscar en los catálogos vimos qué dureza era necesaria y qué tipo de aleación era preferible. Otro problema fueron los descuelgues [el anclaje desde el que el escalador desciende]: experimentamos con cadenas, con acero trenzado... Hasta que las marcas comerciales empezaron a fabricar anclajes” (Ignacio Luján).

“Empecé a equipar de forma completamente autodidacta a los catorce años. No tenía ni idea y encima no había material, equipaba con un descenso ocho y un nudo prusit. Equipar una vía era una odisea, se tardaba varios días. Intentabas asimilar las innovaciones técnicas, pero no era fácil, la principal fuente eran los pocos artículos que se publicaban en la revista *Desnivel*” (Juan Manuel Hernández).

En la actualidad la experiencia acumulada ha cristalizado en protocolos de equipamiento relativamente estables y hay empresas que comercializan material específicamente diseñado con este fin. Incluso empiezan a ofertarse cursos impartidos por equipadores experimentados o federaciones. No obstante, los conocimientos informales adquiridos a través de la experiencia siguen siendo irremplazables.

Aunque a veces hay vías de escalada aisladas, generalmente suelen estar agrupadas en zonas que se conocen como “escuelas de escalada”, a su vez divididas en “sectores”. Son lugares, con frecuencia de fácil acceso, donde se han abierto y equipado vías de distinta dificultad, desde unas pocas a varios cientos. Las escuelas de escalada se dan a conocer a través de diferentes medios. El más formal son las guías publicadas por las editoriales especializadas, que recopilan croquis, fotografías e información detallada sobre cada zona de escalada (Taylor, 2006; Bogardus, 2012). En otras ocasiones los equipadores hacen autoediciones caseras que se venden a bajo coste en clubes de montaña, refugios o en bares cercanos a las zonas de escalada. También hay croquis que se difunden por Internet. Por último, en ocasiones los equipadores prefieren no dar a conocer la información sobre las zonas que equipan, ya sea para evitar la masificación o por problemas legales (Desnivel, 1996; Léséleuc, Gleyse y Marcellini, 2002).

El equipamiento es una actividad que puede llegar a ser muy polémica. Desde luego, los conflictos son una parte consustancial de muchas prácticas deportivas, especialmente entre aquellas que compiten por recursos escasos (Edensor y Richards, 2007). Pero lo característico de la escalada es que esas polémicas se formulan en términos morales. Seguramente no existe ningún deporte donde se hable tanto de ética como en las distintas modalidades de escalada (Perkins, 2005). En los foros y publicaciones especializadas las acusaciones cruzadas de falta de respeto a la ética de la montaña son permanentes. Desde el uso de magnesio al empleo de buriles en escalada clásica pasando por la distancia mínima que debe haber entre las vías de una escuela o incluso si es legítimo ayudarse de la vegetación para ascender en escalada libre, los debates han sido recurrentes y muy encendidos.

El conflicto más conocido es el que se ha dado históricamente entre la escalada clásica y la escalada deportiva y afecta de lleno a los equipadores (Fuller, 2003; Bogardus 2012). Es un debate que se remonta a los orígenes mismos de la escalada deportiva y que ha tenido una cantidad enorme de matices. Básicamente, algunos partidarios de la escalada clásica consideran que la ética de este deporte es indisociable del riesgo y que la instalación sistemática de anclajes fijos cuestiona esos fundamentos normativos (Heywood, 1994; UIAA 2000 y 2012; Kiewa, 2002; Donnelly, 2003). En España, las principales polémicas se han planteado cuando los equipamientos de escalada deportiva han penetrado en zonas de alta montaña generalmente reservadas para la escalada clásica. En ocasiones, los escaladores contrarios a los equipamientos destruyen los anclajes que han colocado los deportivistas (Bogardus, 2012).

Otro tipo de conflictos son, por así decirlo, internos a la propia escalada deportiva. El equipamiento tiene “derechos de autor” (Nettlefold, 1999). El equipador tiene de-

recho a nombrar la vía y cualquier modificación de un equipamiento debe contar con su aprobación. Sin embargo, a medida que pasan los años –la escalada es un deporte muy joven– empiezan a plantearse problemas típicos de los sistemas de autoría. ¿Qué duración tienen esos derechos? ¿Es razonable que no se pueda modificar vías que se equiparon hace treinta años? ¿Y si resulta imposible localizar al equipador original? Aún más, la restricción afecta al propio equipador, pues los equipadores que modifican sus vías pierden credibilidad (Bogardus, 2012).

Otro tanto ocurre con la difusión de la información sobre las vías por medio de guías y croquis. La norma aceptada es que cuando una escuela de escalada ha sido equipada total o mayoritariamente por un equipador, éste tiene derecho a decidir si se difunde esa información y en qué condiciones. Es una regla que en la era de Internet es cada vez más difícil de respetar. Los escaladores realizan croquis y fotos de las vías que escalan y las difunden en foros y blogs. También hay infractores comerciales: editoriales que publican guías de escalada de algunas zonas sin contar con los equipadores locales y que suelen ser duramente criticadas.

#### **4.1. ¿Quién equipa?**

El equipamiento es una condición *sine qua non* de la escalada deportiva. Pero, en la actualidad, el número de equipadores es sumamente pequeño en comparación con el de los escaladores. No existe ningún registro oficial, pero los equipadores regulares activos con muchas vías equipadas forman un colectivo muy reducido (según las estimaciones de los equipadores a los que entrevisté, unos pocos cientos de personas). Estas personas compensan su escasez con una actividad febril. Se dedican a esta actividad muy intensamente y durante mucho tiempo.

Esto ha supuesto un cambio respecto a los primeros años de la escalada deportiva, cuando el equipamiento era una actividad colectiva y generalizada. Equipar o abrir vías iba ligado a la escalada, formaba parte de ella y casi todo el mundo lo hacía en mayor o menor medida. Ahora es muy específico de pocas personas. Las causas de esta individualización son dos.

La primera es social. Antes el equipamiento formaba parte de la escalada. La mayor parte de los primeros deportistas evolucionaron desde la escalada clásica, cuya práctica requiere considerables conocimientos de autoprotección. De modo que el salto hasta la instalación de equipamientos fijos para la práctica de la escalada deportiva era fácil de dar. En cambio, para alguien formado directamente en la escalada deportiva que quiera empezar a equipar, las barreras de entrada son mucho mayores.

La segunda causa es tecnológica. Antes se equipaba a mano y era un proceso lento y laborioso. Las escuelas de escalada se abrían entre mucha gente y a lo largo de mucho tiempo. Eso incrementaba la diversidad, ya que participaban distintos equipadores con diferentes criterios, de modo que los sectores eran muy heterogéneos. Esa situación cambió con la aparición de taladros eléctricos muy potentes y materiales fabricados *ex profeso* para el equipamiento que permiten que una única persona pueda equipar numerosas vías con relativa rapidez.

En este contexto de individualización, los equipadores asumen un gran compromiso con su deporte. En primer lugar, en términos monetarios. Una vía de escalada puede

costar entre treinta y ochenta euros, dependiendo del tipo de equipamiento escogido. En el caso de equipadores muy activos, que han abierto cientos o incluso miles de vías, el coste es enorme. No obstante, muchos de ellos minimizan la importancia del dinero comparada con la enorme dedicación en término de tiempo que les supone. Por último, los equipadores aceptan una enorme responsabilidad –incluso en términos legales– con la seguridad de los usuarios de sus vías (CampoIV Consulting, 2013; Nasarre, 2013).

Los equipadores tienen pocas vías de financiación. En ocasiones consiguen que alguna federación o club de montaña pague el equipamiento o, más frecuentemente, la sustitución de los anclajes deteriorados de alguna vía. A veces algunas marcas comerciales les donan material. Y si escriben guías de escalada de las zonas que equipan pueden recuperar una parte del dinero invertido. Pero, en términos generales, los equipadores gastan en esa actividad cantidades importantes de dinero de su bolsillo.

Pero más asombroso aún es el escaso prestigio que les reporta su trabajo. La inmensa mayoría de los escaladores no tienen la más remota idea de quién ha equipado las vías que escalan y, sobre todo, no les importa lo más mínimo. Es literalmente difícil encontrar información en Internet acerca de los principales equipadores españoles. Excepto en un círculo extremadamente reducido son figuras invisibles, tanto para las publicaciones especializadas, como para las marcas comerciales o las federaciones. Sólo las vías de dificultad extrema que movilizan a las estrellas de la escalada y a las publicaciones especializadas son visibles y conocidas. Las vías que usan la mayor parte de los escaladores son perfectamente anónimas.

#### **4.2. Motivación**

Existen numerosas conceptualizaciones del altruismo y la cooperación (Kimbrough, 2011). En general, se suele definir el altruismo como una preocupación desinteresada por el bienestar de los demás. El concepto de cooperación, entendida en un sentido técnico restringido, hace referencia a situaciones en las que la acción conjunta plantea un dilema, en la medida en que al menos uno de los participantes saldría mejor parado, según sus propios criterios subjetivos, si no colaborara. Esto da lugar a algunos problemas de definición, pues parece que el altruismo heroico es aporoblemático mientras que la cooperación convencional y cotidiana supone un dilema trágico. En realidad, seguramente lo más sensato sea entender que existe un continuo entre dos extremos que son el altruismo puro y el egoísmo radical (Sennett, 2012).

El trabajo de los equipadores parece un ejemplo de altruismo kantiano puro. No obtienen ni dinero ni prestigio a cambio de un trabajo del que se beneficia todo el colectivo de escaladores. Sin embargo, todos los equipadores entrevistados rechazaron muy tajantemente interpretar su actividad en términos de generosidad.

“No creo que equipar sea una actividad particularmente altruista. Equipo para mí, es algo que hago porque a mí me da la gana y no espero que nadie me lo agradezca. Evidentemente, te gusta que la gente repita las vías que abres. Haces algo que crees que te sale bien y te gusta que los demás lo valoren. Pero los que equipan para que los demás les aplaudan... esos duran poco en esto” (Ignacio Luján).

Cuando les preguntaba por qué equipaban, los equipadores con los que hablé solían responder con motivaciones estéticas. Veían el equipamiento como un trabajo creati-

vo donde demostrar la excelencia personal, por ejemplo, interpretando la morfología de la roca para encontrar las vías más lógicas. También se mostraban comprometidos personalmente con las zonas que equipaban, como espacios que se sentían en la responsabilidad de cuidar tanto técnicamente como recogiendo basura o ayudando a que se respete la normativa medioambiental.

“Abrir una vía tiene un componente creativo. Hay que encontrar una pared, comprobar que es adecuada para la escalada, encontrar vías lógicas... Uno siempre saca algo: la satisfacción de hacer algo bien, cierto reconocimiento de los otros equipadores... En mi caso, me motiva la satisfacción de crear algo.” (Juan Manuel León).

Esta autocomprensión estética contrasta con algunas características de la labor de equipamiento que más bien subrayan la dimensión altruista de su actividad. Todos los entrevistados demostraban una enorme preocupación por la seguridad de los demás escaladores y, en especial por los novatos. Una pauta que también recogen otras investigaciones (Bogardus, 2012: 299; Mellor, 2001: 36). Por ejemplo, muchos equipadores coinciden en criticar a los escaladores expertos que cuando equipan vías con un bajo grado de dificultad no tienen en cuenta las limitaciones de las personas que se están iniciando en la escalada. Consideran que las vías fáciles deben estar particularmente bien equipadas y ser seguras.

“Hay gente que no piensa en los demás. Se rigen por una filosofía de ‘el que no tenga nivel que no escale’. Por eso a menudo te encuentras vías fáciles muy mal equipadas” (Juan Luis Salcedo).

También es significativo que muchos equipadores no sólo crean vías de escalada de su nivel técnico, sino también otras muchas que están por encima y, sobre todo, muy por debajo de su grado de escalada y que, por tanto, no tienen ningún interés deportivo para ellos. ¿Por qué dedican tiempo, dinero y esfuerzo a equipar vías fáciles que reportan poco prestigio y resultan poco relevantes en términos creativos? Es una cuestión que hace salir a la luz dudas y contradicciones, porque es difícil justificar esta práctica sin apelar al altruismo.

La renuencia de los equipadores a aceptar su propia generosidad se puede interpretar como una forma de disonancia cognitiva (Elster, 1983: 123). Los escaladores realizan una actividad colaborativa en un entorno muy individualizado que no les proporciona ni remuneración económica, ni recursos materiales, ni reconocimiento público. La inmensa mayoría de los escaladores no saben quién ha equipado las vías que usan ni colaboran materialmente con los equipadores. Al interpretar estéticamente su actividad, los equipadores evitan que su actividad dependa de su propia consideración del colectivo de escaladores que parasita su trabajo o del reconocimiento que obtienen.

“A estas alturas de la película yo no quiero ni reconocimiento mediático ni agradecimiento social ni cariños o amistades personales, a mí sólo me podrían compensar con dinero. La inmensa mayoría de los escaladores son, en este tema, unos parásitos y creo que todos los equipadores habituales tenemos el síndrome del equipador quemado” (Koldo Bayona).

### **4.3. Recursos de uso común**

El equipamiento de escalada puede ser caracterizado como lo que los economistas institucionalistas denominan un “recurso de uso común”, es decir un conjunto de bienes

o servicios cuya provisión no competitiva está regulada por un entramado de reglas colectivas. Según la definición que estableció Elinor Ostrom, las normas de los recursos de uso común establecen, entre otras cosas, "quién tiene derecho a tomar decisiones en cierto ámbito, qué acciones están permitidas o prohibidas, qué reglas de afiliación se usarán, que procedimientos deben seguirse, qué información debe o no facilitarse y qué retribuciones se asignarán o no a los individuos según sus acciones" (Ostrom 2011: 109).

Adicionalmente, Ostrom propone algunos "principios de diseño" característicos de instituciones de larga duración de los recursos de uso común. Básicamente, los individuos o colectivos a los que afecta el sistema de reglas deben estar claramente definidos; las reglas de apropiación y provisión tienen que ser coherentes con el contexto local; los participantes deben estar en condiciones de modificar los arreglos de elección colectiva; tienen que existir formas de vigilancia, sanciones graduadas y mecanismos para la resolución de conflictos; por último, es necesario un reconocimiento mínimo de derechos de organización (Ostrom 2011: 165).

El equipamiento de escalada deportiva respeta, al menos tendencialmente, algunos de estos principios. Existen reglas que establecen los derechos que tiene el equipador sobre sus vías. Por ejemplo, el derecho a que el equipamiento o el trazado de la vía no sea alterado sin su permiso o a decidir qué difusión quiere que tenga la información sobre esa vía. Existen normas locales que establecen el tipo de equipamiento que se puede instalar en cada zona. Un caso extremo es *Elbsandsteingebirge*, una famosa zona de escalada checa en la que ni siquiera se aceptan los seguros flotantes metálicos y los escaladores se protegen empotrando nudos (Hanemann, 2000). Las normas y consensos han cambiado a lo largo del tiempo. Hoy en el diseño de los equipamientos prima la seguridad por encima de cualquier otra consideración deportiva o técnica, mientras que en los años ochenta se aceptaba que cierto grado de exposición en los pasos clave de las vías era admisible e incluso deseable.

En cambio, la escalada se aleja del modelo de recursos de uso común por lo que toca a sus aspectos institucionales o, mejor dicho, a la ausencia de estructuras institucionales. En la escalada no hay mecanismos de resolución de conflictos ni sanciones graduadas, así que cuando estallan polémicas pueden llegar a ser bastante virulentas (Bogardus, 2012). Los derechos de organización existen tendencialmente pero, hasta el momento, son poco eficaces. En España los consensos que regulan la escalada no han cristalizado en actores colectivos poderosos, como sí ha ocurrido en otros países. Algunas federaciones se implican más que otras en el equipamiento y han ensayado modelos de financiación y remuneración parcial. Pero, en general, las federaciones y clubes españoles de montaña y escalada carecen de la autoridad que tiene, por ejemplo, el *Comité de Défense des Sites et Rochers d'Escalade* (COSIROC) francés.

Los sistemas de provisión de recursos de uso común no son una forma de organizar la generosidad particular, sino un conjunto de arreglos colectivos complejos en los que concurren motivaciones diversas. En ese sentido, la resistencia de los equipadores a interpretar su actividad en términos de altruismo es bastante lúcida. El equipamiento de escalada contemporáneo es una extensión del tipo de relación social que nació y se desarrolló en el contexto del montañismo tradicional donde, más que altruismo, lo que

existía era un sistema de reciprocidad generalizada.

El altruismo es una motivación que consiste en anteponer la preocupación por los demás al interés por uno mismo. La reciprocidad es una forma de organizar el suministro de bienes y servicios –en este caso, el equipamiento y mantenimiento de las vías de escalada– sin el concurso de un agente distribuidor ni del mercado. En un sistema de reciprocidad generalizada no es muy importante si la motivación de los individuos que participan en él es altruista o egoísta, de hecho, suele ser una combinación de ambas (Rendueles, 2013). Así, cuando la mayor parte de los escaladores se preocupaban del equipamiento, era trivial si lo hacían buscando prestigio y autoridad o porque disfrutaban dedicando su tiempo a los demás. Se trataba de una tarea que se elaboraba colectivamente a través de un sistema de reglas y compromisos estables aunque muy frágiles, ya que no existían mecanismos de sanción o supervisión.

Una vez que el sistema de reciprocidad generalizada desapareció a causa de la popularización de la escalada y los cambios en sus procesos de socialización, los equipadores se han convertido en suministradores netos que carecen de contraparte. Se conservan las normas individualizables –por ejemplo, aquellas relacionadas con los “derechos de autoría”– pero no las de reciprocidad.

Eso significa, en lenguaje económico, que las vías de escalada han dejado de ser bienes de uso común y se han convertido en bienes públicos o semipúblicos. Los equipadores actuales se enfrentan a un dilema. Han quedado atrapados en la transición desde un sistema de recursos de uso común a otro individualista en el que son proveedores de bienes no excluyentes en cuya provisión sus usuarios no están comprometidos.

También la abundancia de discursos éticos en el mundo de la escalada guarda relación con este proceso. Como no existen compromisos comúnmente aceptados que regulen el suministro y el consumo de bienes, cuando surgen polémicas se apela a principios abstractos de índole moral. Es una estrategia poco prometedora. Los conflictos enfrentan a modalidades deportivas con intereses antagónicos (el riesgo y la seguridad, por ejemplo), así que es difícil llegar a consensos acerca de un suelo moral compartido. Los recursos de uso común, precisamente, son sistemas de normas que no dependen –al menos no exclusivamente–, del deber ético sino de acuerdos pragmáticos que resulta poco interesante defraudar.

Las tres soluciones habituales para reemplazar un sistema de recursos de uso común son el mercado, la organización burocrática y el altruismo individual. La mercantilización ha afectado de momento exclusivamente a la escalada urbana en rocódromo y a algunas vías ferratas. La regulación burocrática de la escalada, ya sea por parte de organizaciones gubernamentales o de entidades privadas sin ánimo de lucro, es ya una realidad en muchos lugares del mundo. Por último, el equipamiento podría ser sostenido económicamente por una práctica altruista atomizada, por ejemplo, por medio de un sistema de microdonaciones voluntarias de una gran cantidad de escaladores.

Muchos equipadores ven inconvenientes a estas tres posibilidades. Se mueven en un contexto individualista donde ha desaparecido la norma de reciprocidad, que no ha sido reemplazada por motivaciones altruistas o por la regulación pública. Es un entorno, no obstante, que preserva su autonomía, que valoran por encima de los inconvenientes que conlleva.

## 5. Conclusiones

El equipamiento de escalada deportiva muestra concentrados algunos de los dilemas a los que se enfrenta la supervivencia de los sistemas de recursos de uso común tradicionales en una sociedad compleja.

En la escalada y el montañismo tradicionales existía una delicada combinación de, por un lado, valores centrados en la autonomía personal y, por otro, sistemas de reciprocidad generalizada mínimos pero importantes. Los montañeros entienden su actividad como un reducto de libertad personal pero, al mismo tiempo, disponen de un sistema de normas compartidas y cierto número de reglas de reciprocidad que salen a la luz, por ejemplo, cuando se producen accidentes y se organizaban equipos de rescate de alta montaña.

El equipamiento de escalada surgió como una extensión de ese ecosistema social. Inicialmente era una labor individual pero generalizada. La popularización de la escalada deportiva y su transformación social, la multiplicación de vías y la tecnificación del equipamiento cambiaron rápidamente las tornas. Un conjunto de equipadores muy activos se han convertido en proveedores de bienes públicos sin ninguna clase de contrapartida en términos económicos o de estatus y sin un marco normativo que proporcione sentido colectivo a esa actividad. Pero, por otro lado, la ética individualista de la montaña les hace renuentes a aceptar soluciones burocráticas o mercantiles que den salida a ese dilema.

## 6. Bibliografía

ABRAMSON, A. y R. FLETCHER. 2007. "Recreating the Vertical: Rock-Climbing as Epic and Deep Eco-Play", *Anthropology Today*, 23(6): 3-7.

ALBERT, E. 1991. "Riding a line: competition and cooperation in the sport of bicycle Racing", *Sociology of Sport Journal*, 8(4): 341-361.

ANTTILA, S. y Ch. STERN. 2005. "The Voluntary Provision of Snowmobile Trails on Private Land in Sweden", *Rationality and Society*, 17(4): 453-474.

AUBEL, O. y F. OHL. 2004. "The Denegation of the Economy: The Example of Climbing in France", *International Review for the Sociology of Sport*, 39(2): 123-137.

BOGARDUS, L. 2012. "The Bolt Wars: A Social Worlds Perspective on Rock Climbing and Intragroup Conflict", *Journal of Contemporary Ethnography*, 41(3): 283-308.

BOURDIEU, P. 1991. "Sport and social class". Pp. 357-373, en *Rethinking Popular Culture: Contemporary Perspectives in Cultural Studies*, editado por C. Mukerji y M. Schudson. Berkeley: University of California Press.

CAMPO IV CONSULTING. 2013. "La responsabilidad del equipador de vías de escalada", *Derecho y Montaña.wordpress.com*, 13 de febrero ([disponible aquí](#)).

DESNIVEL. 1996. "Secretos y secretivos" (texto editorial de la revista), *Desnivel*, 118: 7.

DONNELLY, P. 1980. "The subculture and public image of climbers". Tesis doctoral. University of Massachusetts Amherst. Amherst, Massachusetts.

- DONNELLY, P. 2003. "The great divide: Sport climbing vs. adventure climbing". In *To the extreme: Alternative sports, inside and out*, ed. R. Rinehart and S. Sydnor. Albany: State University of New York Press.
- EDENSOR, T. y RICHARDS, S. 2007. "Snowboarders vs skiers: Contested choreographies of the slopes", *Leisure Studies*, 26: 97-114.
- ELSTER, J. 1983. *Sour Grapes: Studies in the Subversion of Rationality*. Cambridge: Cambridge University Press.
- ELSTER, J. 1989. *Nuts and Bolts for the Social Sciences*. Cambridge: Cambridge University Press.
- FRANKEL, Ellen; Fred D. MILLER y Jeffrey PAUL. 1993. *Altruism*. Cambridge: Cambridge University Press.
- FULLER, S. 2003. "Creating and contesting boundaries: Exploring the dynamics of conflict and classification", *Sociological Forum*, 18: 3-30.
- GUINDA, F. 2000. *Manual de equipamiento de vías de escalada*. Madrid: Desnivel.
- HANEMANN, B. 2000. *Cooperation in European Mountains: The sustainable management of climbing areas in Europe*. Cambridge: IUCN
- HARDY, D. 2002. "The McDonaldization of Rock Climbing: Conflict and counter conflict between climbing culture and dominant value systems in society". Presentado en Association of Outdoor Recreation & Education Conference Proceed, January.
- HESS, Ch. y E. OSTROM. 2009. *Understanding Knowledge as a Commons*. Cambridge: The MIT Press.
- HEYWOOD, I. 1994. "Urgent dreams: climbing, rationalization and ambivalence", *Leisure Studies*, 13(3): 179-194.
- KIDD, T. W. y J. HAZELRIGGS. 2009. *Rock Climbing*. Leeds: Wilderness Education Association.
- KIEWA, J. 2002. "Traditional climbing: metaphor of resistance or metanarrative of oppression?", *Leisure Studies*, 21(2): 145-161.
- KIMBROUGH, S. O. 2011. "On the Production and Ramification of Cooperation: The Cooperation Afforder with Framing Hypothesis", *Philosophy of the Social Sciences*, 41(1): 111-136.
- LÉSÉLEUC, E. 2004. *Les voleurs de falaise. Un territoire de escalade entre espace public et espace privé*. Pessac: Maison des Sciences de l'Homme d'Aquitaine.
- LÉSÉLEUC, E.; J. GLEYSE, y A. MARCELLINI. 2002. "The Practice of Sport as Political Expression? Rock Climbing at Claret, France", *International Sociology*, 17(3): 73-90.
- LLOPIS, R. 2010. *Encuesta sobre los hábitos deportivos en España*. Madrid: CSD y CIS.
- MCNAMEE, M. 2007. *Philosophy, Risk and Adventure Sport*. New York: Routledge.
- MELLOR, D. 2001. *American rock: region, rock and culture in American climbing*. Woodstock: Countryman Press.
- MOSCOSO, D. 2003, *La montaña y el hombre. Una reflexión sociológica*. Huesca: Barrabés.

- MOSCOSO, D. 2004, "El proceso de institucionalización del montañismo en España", *Acciones e Investigaciones Sociales*, 19: 5-29.
- NASARRE, J. M. 2013. *Responsabilidad civil en deportes de montaña*. Madrid: Desnivel.
- NAZER, D. 2004. "The tragicomedy of the surfers' commons", *Deakin Law Review*, 9(2): 654-713.
- NETTLEFOLD, N. 1999. "The Production of Climbing Landscapes-as-Texts", *Australian Geographical Studies*, 37(2): 130-141.
- OSTROM, E. 1990. *Governing the Commons. The Evolution of Institutions for Collective Action*. Cambridge: Cambridge University Press.
- PAIGE, T. E.; D. C. FIORE, y J. D. HOUSTON. 1998. "Injury in traditional and sport rock climbing", *Wilderness and Environmental Medicine*, 9: 2-7.
- PERKINS, M. 2005. "Rock climbing ethics: A historical perspective", *Northwest Mountaineering Journal*, Verano.
- PONCE, J. V. et al. 1997. *Técnicas de equipamiento para la escalada en roca y en zonas-escuela*. Benasque: Escuela Española de Alta Montaña.
- PUTNAM, R. 2002. *Democracies in Flux. The Evolution of Social Capital in Contemporary Society*. Oxford: Oxford University Press.
- RENDUELES, C. 2013. *Sociofobia*. Madrid: Capitán Swing.
- RIDER, R. 1998. "Hangin' ten: The common pool resource problem of surfing", *Public Choice*, 97(1/2): 49-64.
- ROTILLON, G. 2006. "Extreme Sports (climbing and mountaineering)". Pp. 411-417, en *Handbook of Economics of Sport*, editado por W. Andreff y S. Szymanski. Chletenham: Elgar.
- SCHELLING, Th. 1989. *Micromotivos y macroconducta*. México: Fondo de Cultura Económica.
- SCHUSTER, R. M.; J. G. THOMPSON, y W. E. HAMMITT. 2001. "Rock Climbers' Attitudes Toward Management of Climbing and the Use of Bolts", *Environmental Management*, 28(3): 403-412.
- SEIPPEL, O. 2006. "Sport and Social Capital", *Acta Sociológica*, 49(169): 169-183.
- SENNETT, R. 2012. *Together: The Rituals, Pleasures and Politics of Cooperation*. New Haven: Yale University Press.
- SHERMAN, J. 1994. *Stone Crusade. A Historical Guide to Bouldering in America*. Golden: American Alpine Club.
- SMITH, R. A. 1998. "The development of equipment to reduce risk in rock climbing", *Sports Engineering*, 1(1): 27-39.
- TAYLOR, J. 2006. "Mapping adventure: a historical geography of Yosemite Valley climbing landscapes", *Journal of Historical Geography*, 32(1): 190-219.
- UIAA, 2000, "To bolt or no to be". Documento de la Union Internationale des Associations d'Alpinisme, Berna ([disponible aquí](#)).

UIAA, 2012. "Preservación de la Roca Natural para la Escalada de Aventura". Documento de la Union Internationale des Associations d'Alpinisme, Berna ([disponible aquí](#)).

WACQUANT, L. 2004. *Entre las cuerdas*. Madrid: Alianza.

WATERMAN, L. y G. WATERMAN. 1993. *Yankee rock and ice: A history of climbing in the northeastern United States*. Harrisburg: Stackpole Books.

WEST, A. y L. ALLIN. 2010. "Chancing your arm: the meaning of risk in rock climbing", *Sport in Society*, 13: 7-8.